

### 3 - BINAH

capitulo 10.

Pero estaba hablando de mi primer encuentro con Belbo. Nos conocíamos de vista, habíamos cruzado algunas palabras en el Pílates, pero no sabía mucho de él, salvo que trabajaba en Garamond, algunos de cuyos libros había tenido ocasión de conocer en la universidad. Editor pequeño, pero serio. Un joven que va a acabar la tesis siempre se siente atraído por alguien que trabaja para una editorial de cultura.

"¿Y usted a qué se dedica?", me preguntó una noche en que ambos estábamos apoyados en el extremo de la barra de zinc, arrinconados por una muchedumbre digna de las grandes ocasiones. Era la época en que todo el mundo se tuteaba: estudiantes a profesores, profesores a estudiantes. Y más aún en el Pílates: "Págame una copa", decía el estudiante con trenca al jefe de redacción del periódico de gran tirada. Parecía que estábamos en Petrogrado en la época del joven Sklovsky. Todos Maiakovsky, ningún Zivago. Belbo no eludía el tuteo imperante, pero estaba claro que lo dictaba por desprecio. Tuteaba para mostrar que a la vulgaridad respondía con la vulgaridad, pero que había un abismo entre tomarse la confianza y estar en confianza. Le vi tutear con afecto, o con pasión, sólo pocas veces, y a pocas personas, a Diotallevi, a alguna mujer. A las personas que estimaba, pero que sólo conocía desde hacía poco, las trataba de usted. Así hizo conmigo durante todo el tiempo en que trabajamos juntos, y yo aprecié el honor.

--¿Y usted a qué se dedica? --me había preguntado, ahora lo sé, con simpatía.

--¿En la vida o en el teatro? --dije, señalando el escenario del Pílates.

--En la vida.

--Estudio.

--¿Va a la universidad o estudia?

--Aunque le parezca extraño, una cosa no está reñida con la otra. Estoy acabando una tesis sobre los templarios.

--Qué horror --dijo--. ¿No son cosas de locos?

--Yo estudio a los verdaderos templarios. Trabajo sobre los documentos del proceso. Pero, ¿qué sabe usted de los templarios?

--Trabajo en una editorial, y por una editorial pasan cuerdos y locos. La función del redactor consiste en reconocer a los locos con una ojeada. Cuando alguien empieza a hablar de los templarios casi siempre está chalado.

--No me lo diga. Su nombre es legión. Pero no todos los locos hablarán de los templarios. ¿Cómo reconoce a los otros?

--Oficio. En seguida se lo explico, que usted es joven. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

--Casaubon.

--¿No era un personaje de Middlemarch?

--No lo sé. De todas maneras, también era un filólogo del Renacimiento, creo. Pero no somos parientes.

--Otra vez será. ¿Quiere beber otra copa? Dos más, Pílates, gracias. Pues bien. En el mundo están los cretinos, los imbéciles, los estúpidos y los locos.

--¿Falta algo?

--Sí. Nosotros dos, por ejemplo. O, al menos, no es por ofender, yo. En suma todo el mundo, si se mira bien, participa de alguna de esas categorías. Cada

uno de nosotros de vez en cuando es un cretino, un imbécil, un estúpido o un loco. Digamos que la persona normal es la que combina razonablemente todos esos componentes o tipos ideales.

--Idealtypen.

--Bravo. ¿También sabe alemán?

--Algo masco para las bibliografías.

--En mi época, quienes sabían alemán ya no se licenciaban. Se pasaban el resto de su vida sabiendo alemán. Creo que hoy en día sucede lo mismo con el chino.

--Yo lo conozco poco, por eso hago mi tesis. Pero, siga hablándome de su tipología. ¿Cómo es el genio, Einstein, por ejemplo?

--El genio es el que pone en juego uno de esos componentes de manera vertiginosa, alimentándolo con los demás. --Bebió. Dijo--: Hola, guapetona.

¿Cómo siguen tus intentos de suicidio?

--Pertenece al pasado --respondió la joven al pasar--, ahora estoy en un grupo.

--Te felicito --le dijo Belbo. Y volviéndose hacia mí--: También existen los suicidios en grupo, ¿verdad?

--Pero, ¿y los locos?

--Espero que no se haya tomado mi teoría como palabra santa. No pretendo arreglar el universo. Estoy diciendo qué es un loco para una editorial. Es una teoría ad hoc, ¿vale?

--Vale. Ahora invito yo.

--Vale. Píldes, por favor, con menos hielo. Si no, hace efecto en seguida. Veamos. El cretino ni siquiera habla, babea, es espástico. Se aplasta el helado contra la frente, no puede ni coordinar los movimientos. Entra en la puerta giratoria por el lado opuesto.

--¿Cómo es posible?

--El lo consigue. Por eso es un cretino. No nos interesa, se le reconoce en seguida, y no aparece por las editoriales. Dejémosle donde está.

--Dejémosle.

--Ser imbécil ya es más complicado. Es un comportamiento social. El imbécil es el que habla siempre fuera del vaso.

--¿A qué se refiere?

--Así --apunto el índice hacia su vaso y lo clavó en la barra--. Quiere hablar de lo que hay en el vaso, pero, esto por aquí, esto por allá, habla fuera. O si prefiere, es el que siempre mete la pata, el que le pregunta cómo está su bella esposa al individuo que acaba de ser abandonado por la mujer. ¿Me explico?

--Se explica, conozco a algunos.

--El imbécil está muy solicitado, sobre todo en las reuniones mundanas. Incomoda a todos, pero les proporciona temas de conversación. En su versión positiva llega a ser diplomático. Habla fuera del vaso cuando otros han metido la pata, consigue cambiar de

tema Pero a nosotros no nos interesa, no es nunca creativo, trabaja de prestado, de manera que no presenta manuscritos en las editoriales. El imbécil no dice que el gato ladra, habla del gato cuando los demás hablan del perro. Confunde las reglas de conversación, y cuando las confunde bien es sublime. Creo que es una raza en extinción, un portador de virtudes eminentemente burguesas. Necesita un salón Verdurin, o mejor, Guermantes. ¿Todavía leéis esas cosas, vosotros los estudiantes?

--Yo si.

--El imbécil es Murat que pasa revista a sus oficiales y cuando ve a uno, de la Martinica, recubierto de condecoraciones, va y le pregunta: "Vous etes negre?" Y el otro responde: "Oui mon général!", Murat replica: "Bravo, bravo, continuez!" Y cosas por el estilo. ¿Lo capta? Perdona, pero esta noche estoy festejando una decisión histórica de mi vida. He dejado de beber. ¿Quiere otro? No diga nada, me haría sentir culpable. ¡Píldas!

--¿Y el estúpido?

--Ah. El estúpido no se equivoca de comportamiento. Se equivoca de razonamiento. Es el que dice que todos los perros son animales domésticos y todos los perros ladran, pero que también los gatos son animales domésticos y por tanto ladran. O que todos los atenienses son mortales, todos los habitantes del Pireo son mortales, de modo que todos los habitantes del Pireo son atenienses.

--Y lo son.

--Si, pero de pura casualidad. El estúpido incluso puede decir algo correcto, pero por razones equivocadas.

--Se pueden decir cosas equivocadas, con tal de que las razones sean correctas.

--Vive Dios. ¿Si no por qué tomarse tanto trabajo para ser animales racionales?

--Todos los grandes monos antropomorfos descienden de formas de vida inferiores, los hombres descienden de formas de vida inferiores, por tanto todos los hombres son grandes monos antropomorfos.

--No está mal. Ya estamos en el umbral en el que sospechamos que algo no funciona, pero es necesario un esfuerzo para demostrar qué es lo que no cuadra y por qué. El estúpido es muy insidioso. Al imbécil se le reconoce en seguida (y al cretino ni qué decir),

mientras que el estúpido razona casi como uno, sólo que con una desviación infinitesimal. Es un maestro del paralogismo. No hay salvación para el redactor editorial, debería emplear una eternidad. Se publican muchos libros escritos por estúpidos, porque a primera vista son muy convincentes. El redactor editorial no está obligado a reconocer al estúpido. No lo hace la academia de ciencias, ¿por qué tendría que hacerlo él?

--Tampoco lo hace la filosofía. El argumento ontológico de San Anselmo es estúpido. Dios tiene que existir porque puedo pensarlo como el ser dotado de todas las perfecciones, incluida la existencia. Confunde la existencia en el pensamiento con la existencia en la realidad.

--Si, pero también es estúpida la refutación de Gaunilo. Puedo pensar en una isla en el mar aunque esa isla no exista. Confunde el pensamiento de lo contingente con el pensamiento de lo necesario.

--Una batalla entre estúpidos.

--Claro, y Dios se divierte como un loco. Decidió ser impensable sólo para demostrar que Anselmo y Gaunilo eran estúpidos. Qué motivo más sublime para la creación, qué me digo, para el acto mismo en virtud del cual Dios determina su propio ser. Todo para poder denunciar la estupidez cósmica.

--Estamos rodeados de estúpidos.

--No hay salida. Todos son estúpidos, salvo usted y yo. Mejor dicho, no es por ofender, salvo usted.

--Algo me dice que esto tiene que ver con el teorema de Godel.

--No sé nada, soy un cretino. ¡Píldas!

--Me toca a mi.

--Después dividimos. El cretense Epiménides dice que todos los cretenses son mentirosos. Si lo dice él que es cretense y conoce bien a los cretenses, es cierto.

--Eso es estúpido.

--San Pablo. Epístola a Tito. Ahora esta otra: todos los que piensan que Epiménides es mentiroso tienen que creer a los cretenses, pero los cretenses no creen a los cretenses, por tanto ningún cretense piensa que Epiménides es mentiroso.

--¿Eso es estúpido o no?

--Decídale usted mismo. Ya le he dicho que no es fácil reconocer al estúpido. Un estúpido puede llegar incluso a ganar el premio Nobel.

--Déjeme pensar... Algunos de los que no creen que Dios haya creado el mundo en siete días no son fundamentalistas, pero algunos fundamentalistas creen que Dios ha creado el mundo en siete días, por tanto nadie que no crea que Dios haya creado el mundo en siete días es fundamentalista. ¿Es o no estúpido?

--Dios mío; realmente hay que decirlo... no sé, ¿a usted qué le parece?

--Siempre es estúpido, aunque pueda resultar cierto. Viola una de las leyes del silogismo. De dos premisas particulares no pueden extraerse conclusiones universales.

--¿Y si el estúpido fuese usted?

--Estaría en buena y muy antigua compañía.

--Pues sí, la estupidez nos rodea. Y quizá para un sistema lógico diferente nuestra estupidez sea sabiduría. Toda la historia de la lógica es un intento por definir una noción aceptable de estupidez. Demasiado ambicioso. Todo gran pensador es el estúpido de otro.

--El pensamiento como forma coherente de estupidez.

--No. La estupidez de un pensamiento es la incoherencia de otro pensamiento.

--Profundo. Son las dos, falta poco para que Píldes cierre y aún no hemos llegado a los locos.

--Ya llego. Al loco se le reconoce en seguida. Es un estúpido que no conoce los subterfugios. El estúpido trata de demostrar su tesis, tiene una lógica, cojeante, pero lógica es. En cambio, el loco no se preocupa por tener una lógica, avanza por

cortocircuitos. Para él, todo demuestra todo. El loco tiene una idea fija, y todo lo que encuentra le sirve para confirmarla. Al loco se le reconoce porque se salta a la torera la obligación de probar lo que se dice; porque siempre está dispuesto a recibir revelaciones.

Y le parecerá extraño, tarde o temprano el loco saca a relucir a los templarios.

--¿Siempre?

--También hay locos sin templarios, pero los más insidiosos son aquellos. Al principio no se los reconoce, parece que hablan de manera normal, pero luego, de repente... --Iba a pedir otro whisky, pero recapacité y pidió la cuenta--. A propósito de los templarios. El

otro día un tío me dejó un original sobre ese tema. Seguro que es un loco, pero con rostro humano. El texto empieza sin estridencias. ¿Querría darle una ojeada?

--Con mucho gusto. Quizá encuentre algo que me sirva.

--Realmente, no lo creo. Pero si dispone de media hora pásese por la editorial.

Vía Sincero Renato número uno. Será más útil para mí que para usted. Así me dice en seguida si el texto vale la pena.

--¿Por qué confía en mi?

--¿Quién dice que confío? Si viene confiaré. Confío en la curiosidad. Entró un estudiante con el rostro alterado:

--¡Compañeros, los fachas están en el Naviglio, tienen cadenas!

--Les parto la cara --dijo el de los bigotes a la tártara, el que me había amenazado cuando lo de Lenin--. ¡Vamos compañeros!

Todos salieron.

--¿Qué hacemos? ¿Vamos también? --pregunté, movido por la culpa.

--No-- dijo Belbo--. Son alarmas que hace circular Píldes para despejar el local. Para ser la primera noche que dejo de beber, reconozco que estoy un poco alterado. Debe de ser la crisis de abstinencia. Todo lo que le he dicho hasta este instante es falso. Buenas noches, Casaubon.